

PRAGA

Acabo de regresar de Praga, a la que dejé con su otoño recién iniciado, absorta en su melancolía, con las primeras brumas del Moldava entrando por sus serpenteantes y adoquinados callejones. La ciudad es hermosa, deudora de un gran pasado; su gente, siento tener que decirlo, no demasiado amable. El espléndido río la surca tranquilo y el puente Carlos, con sus dieciséis grandes arcos y una larga fila de santos instalados a lo largo de su pretil, lo atraviesa para unir la zona del Castillo y el barrio de Malá Strana con la ciudad vieja. ¡Cuántas veces he atravesado ya ese puente! Cenamos muy cerca de él en un agradable restaurante, el Kampa Park, bien la comida y mejor el sitio, el servicio lento, muy lento, como lo será en todos ya, incluido el exclusivo Terasa U Zlaté Studné, al pie del Castillo, y desde el que las vistas nocturnas de la ciudad resultan



Il Commendatore de Anna Chřmý

inolvidables. Después caminamos, Praga hay que verla también de noche, callejearla de noche, para hacerse con el misterio de nuestras pisadas y hasta sentir miedo al aproximarnos a la altura de cada uno de sus rincones, y más cuando te encuentras con la tenebrosa figura del Commendatore de la artista Anna Chřmý, en honor al Don Giovanni de Mozart, entonces el susto puede ser inolvidable. En Praga hay mucha piedra negra, sus más antiguos monumentos están impregnados como de hollín, como pintados de muy antiguos, contrastando con la tendencia al color amarillo de las fachadas de muchos de sus edificios nobles, con frecuencia adornados con emblemas en la parte superior del dintel de sus puertas o con figuras adosadas a sus esquinas. Los edificios señoriales son incontables, con sus tejados rojos y, destacando sobre ellos, un mar de torres y de cúpulas, que se presiente están esperando ya la nieve del crudo invierno, esa época del año que era la más propicia para la pluma de Kafka, ese hombre tan necesitado del tiempo tranquilo, de la ausencia del bullicio. “Todo lo que he



Café Slavia, el único abierto durante los años terribles que siguieron a la Primavera de Praga. Las ventanas del fondo del inmenso local dan a la avenida que bordea el Moldava.

producido hasta ahora es el efecto de mi soledad”, dejó dicho. Aunque también tenía sus sitios para mostrarse. Algún día, estoy seguro, se le vio paseando por la orilla del río, pararse sin remedio ante una mujer de esas que dicen de vida fácil (tremendo contrasentido), que ayer igual que hoy, a mí me sucedió, pretenden entablar conversación en un desesperado intento de lo que casi siempre será nada, para después llegar a una de las tertulias del café Slavia, situado al lado del Teatro Nacional, santuario del arte musical checo. Allí tuvo que polemizar más de una vez con otros escritores, por qué no con el efervescente Franz Werfel, o con su joven amigo el



Hotel Europa, en la animada plaza de Venceslao.

cronista Johannes Urzidil, y también en más de una ocasión se dejó llevar por algo más de lo que debería en la bebida, pero era joven, y todas las experiencias fueron buenas para llegar a fundar con su grupo de amigos (Max Brod, Franz Werfel, Bohumil Kubišta, Josef y Karel Čapek, Milena Jesenská y tantos otros artistas) una vanguardia hoy legendaria y una nueva literatura, la literatura de Praga. Quizás más de una vez se acercó a la antigua casa llamada *El unicornio de oro*, situada en la plaza de la Ciudad Vieja, acompañado de Max Brod, donde se discutían los problemas más importantes



Ventana de un bar con motivos del valeroso soldado Švejk.

de la nueva época. También yo, siguiendo sus pasos, fui al hotel Europa, antiguamente hotel Archiduque Esteban, donde el escritor leyó al público en la sala de los Espejos su relato *La condena* y donde, tras la lectura de otro texto, conoció a la joven berlinesa Felice Bauer, su primera novia. Dicen que Praga es Kafka o al revés, que más da, sea lo que sea o ambas posibilidades a la vez, lo cierto es que resulta casi inevitable. Hemos paseado, mucho. Hemos cogido taxis, menos, nunca sabes cuanto te van a timar, aunque nunca es tanto, aquí la vida todavía es barata. Hemos cogido el metro, un medio

de viajar excelente. De vez en cuando una parada, en cualquier bar, para tomar la mejor cerveza y al mejor precio. Por favor, le digo a la camarera mirándole fijamente a sus ojos increíbles, aquí las mujeres son muy bellas,



ponme una Pilsner Urquell. Me siento y contemplo la ventana con motivos del valeroso soldado Švejk. Una vez recuperados emprendemos de nuevo la marcha, tratando de abrirnos camino entre la masa de turistas, atraídos por una ciudad que parece ser que su fama llega hasta las estrellas, una ciudad que como su Sinagoga Vieja-Nueva, combina el pasado y el presente, de forma que en ella todo resulta hermoso, incluso las pintadas no rompen

su maravillosa armonía, parecen cuadros de verdad. Praga nadie se la debe perder, una ciudad poseedora de un pasado soberbio, trágico e inquietante, una ciudad conmovedora, desconcertante, extraña, con mucha gente ya mayor que todavía guarda recuerdos de frustraciones y de humillaciones pasadas, la ciudad donde Kafka pudo vivir una existencia insoportable enamorado de la existencia. Y es que en Praga, la ciudad cuya historia nunca se agota, todo es posible.